



AL REDEDOR DEL ESTILO

XXVI

Otra cara de la disociación artística, que es el complemento de la asociación. En un poema, en un cuento, en un drama, en una novela, perfectos, acabados, en el sentido de tener estilo, personalidad, cada frase, cada estrofa, cada verso debe bastarse. Y cosa terrible cuando el oyente o lector, llevado de un instinto progresista—a las veces enfermizo (iba a decir patológico, pero me contuve a tiempo)—, salta frases, estrofas, versos, corriendo, al fin, a ver en qué para todo aquello. «¡Pajal, pajal!»—exclaman las costureras sensibles que leen una novela por entregas, cuando no encuentran diálogo. Y se atiborran de la paja del diálogo.

Obra que no se relea; obra que no le quedan a uno ganas de volverla a leer después que la ha leído una vez, es obra que carece de estilo. En cambio, los dramas de gran estilo, de fuerte estilo, son aquellos que van a verlos representar los que se los saben de memoria.

En una ocasión un novelista con estilo, con personalidad, se lamentaba ante un editor de que sus novelas tuviesen una difusión tan escasa, comparada con la de otro... no novelista, sino droguero de narraciones para mocitos solitarios, viejos impotentes y mozas del partido. «Comprendo—decía—que venda más que yo; pero la diferencia...» Y el editor le replicó: «Si la venta inicial de sus obras, en el primer año, es veinte veces mayor que la de las de usted; pero dentro de veinte años se habrá vendido más de usted y se seguirá vendiendo.» Y es que al droguero ni se le lee, ni tiene posteridad, que es, como dijo Gounod, una supersposición de minorías. Y la mayoría es caprichosa y cambiante.

¿En qué consiste, al caso, que no sólo no se relea tal droga de uno de esos drogueros, sino que mengua la acogida de sus nuevas drogas? En parte, de que no son nuevas, porque sólo el estilo renueva la obra, y en parte, porque las drogas afrodisíacas se convierten con el uso—aquí, con la lectura—en anestésicas. (Que es lo mismo que anestéticas.) No mantiene viva a una obra el interés del cuento, sino el de la manera de contarla.

Los pobres diablos de drogueros y sus corredores hablan de la vida y de que sus asuntos están arrancados de la vida, y no saben que a una obra de arte no le da vida el que su materia esté sacada de eso que llaman la vida—materia que después del saque pierde su vida—, sino en que el artista le dé vida. Y, además, ¿es que la biografía del caballero Casanova contiene más vida humana, más humanidad que la de Spinoza? ¿Es que la vida de un cartujo no es tan vida como la de una cortesana? Pero dejemos a los pobres diablos.

Ved esas novelas cinematográficas en que el lector corre, a través de las páginas, en busca de cómo va a terminar todo aquello y ¡cuán poco duran! Duran poco si carecen de estilo, porque si le tienen, el interés de argumento cobra vida del otro interés. Y hay, sin duda, un estilo en ligar relatos interesantes en ese respecto. ¡Librenos Dios de negar el estilo cinematográfico! Lee uno una obra de un autor; la lee

sin fatiga, y hasta se entretiene con su lectura; pero pasa algún tiempo y la ha olvidado. Y si le presentan otra del mismo autor, aunque recuerde que no le aburriría la primera, no se apresura a tomarla. ¿Para qué? Es como esas personas bien educadas, corteses, afables y hasta de conversación entretenida, con las que topamos en la vida y luego olvidamos su nombre y su fisonomía, o si los recordamos separados, no podemos asociarlos. Y, en cambio, recordamos siempre a un hombre a quien oímos una de esas frases en que se vacía un alma.

¡Vacíarse un alma, una persona, en una frase! Esto puede tener dos significaciones. La una, que en esa frase vierte, para echarlo fuera, para darle existencia perpetua, para eternizarlo, todo su contenido, y que al vaciarse así, se queda vacío. Y la otra significación es la que tiene el vaciado en el arte de modelar. En una frase se reproduce un alma, como en un vaciado una escultura. Y hasta un tonto puede vaciarse en una frase. Como que hay tontos con estilo y tontos sin él.

¿Tontos con estilo? ¡Claro! Como que el estilo no es cuestión de lo que llamamos inteligencia, en el sentido racional. Un hombre casi irracional, incapaz de discorrir con lógica, puede tener estilo, puede tener talento de artista. Talento, en el sentido de talante. En la colección de solemnes tonterías, vaciedades y perogrulladas que fué reuniendo Flaubert, figuraba como uno de los primeros proveedores, y de los más ricos, Víctor Hugo. Y es que pocos poetas han escrito más tonterías que Víctor Hugo; pero ¡con qué estilo! ¡Con qué soberano estilo! Hay tonterías progreseras que llegó a elevarlas hasta la sublimidad.

Pero una tontería así, sublimada por el estilo, ¿no deja de serlo? El más trillado y asendereado y ovacionado lugar común puede convertirse, merced al estilo, en la más profunda paradoja. Los tontos mismos, para justificar su tontería, para darse de personas con sentido personal, o sea propio, han inventado la más paradójica de las paradojas, que es decir que el sentido común es el más raro de los sentidos. Sentencia que merece ser meditada por los comunistas del espíritu.

¡El sentido común es el más raro de los sentidos! ¿Qué puede querer decir esto? Que aquello que nos es común a todos es lo más raro de encontrar en cada uno de nosotros. O en otras palabras, que casi todos estamos locos. Pero, y la locura, ¿no sería común? ¿Creéis que los locos se diferencian entre sí más que los tontos? No hay nada más monótono y aburrido que un manicomio. Es difícil encontrar estilo en la locura. A pesar de lo cual, los tontos, los del sentido común, los que han inventado eso de que el sentido común es el menos común de los sentidos, han inventado también esto otro: que de músico, poeta y loco todos tenemos un poco. Lo que quiere decir que cada cual tiene su estilo. Sólo que los más se pasan la vida sin encontrarlos, sin encontrarse a sí mismos. Y como se mueren sin haberse encontrado, añórense del todo. Por lo que terminé yo añorando un soneto así, como terminé este ensayito: «que es el fin de la vida hacerse un alma.» Es decir, acabar una obra.

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I V.



Miguel de UNAMUNO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA